

Homilía en la Ordenación Sacerdotal de Antonio Lago Moguel.  
21 de octubre de 2017, Catedral de Cádiz.

Muy querido Antonio:

Te presentas humildemente ante el Señor y su Santa Iglesia para recibir el don sacramental del ministerio sacerdotal como presbítero. Cristo te ha guiado con su amor por caminos insospechados y te ha conducido hasta aquí para ponerte como regalo suyo al servicio de la Iglesia y del mundo. Para ello te capacita con su gracia, como hemos escuchado a San Pablo (Rom 12,4-8). Este amor exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. El sacerdote es testigo universal de la caridad de Cristo. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en él. No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: “Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera”.

**El sacerdote es hombre de Dios y hombre de la misión.** Llevar a Dios a los hombres es la misión esencial del sacerdote. Como el Buen Pastor, hemos de dar la vida por las ovejas (cf. Jn 10,11-16). El ministro sagrado ha sido capacitado para ello porque él, que ha sido elegido por Dios, vive con él y para él: Llamados “para estar con Jesús y ser enviados a predicar” (Mc 3, 14). El sacerdote debe ser ante todo un “hombre de Dios” (1 Tm 6, 11) que conoce a Dios directamente, que tiene una profunda amistad personal con Jesús, que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo (cf. Flp 2, 5). Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo, y de ser representante de su amor». El Papa Francisco nos ha recordado recientemente que “la formación de los sacerdotes depende ante todo de la acción de Dios en nuestras vidas y no de nuestras actividades. Es una obra que requiere el valor para dejarse modelar por el Señor, para que transforme nuestros corazones y nuestras vidas. Aquí viene a la mente la imagen bíblica de la arcilla en manos del alfarero (cf. Jer 18.1 a 10) y el episodio en el que el Señor le dice al profeta Jeremías: (v. 2) “Levántate y baja a la alfarería”. El profeta va y observando al alfarero que trabaja la arcilla comprende el misterio del amor misericordioso de Dios”. (A los participantes en el Congreso internacional sobre la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, organizado por la Congregación para el Clero, 4-7 octubre 2017). El Señor, que te ha ido formando hasta ahora, seguirá dándote forma durante toda la vida para que descubras –como San Pablo– que llevamos “este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros” (2 Cor 4,7).

Pero, no temas. Decía el Papa Benedicto XVI: “¡Creed en el gran poder de vuestro sacerdocio! En virtud del sacramento habéis recibido todo lo que sois. Cuando pronunciáis las palabras “yo” o “mío” (Yo te absuelvo, Esto es mi cuerpo...) lo hacéis, no ya en vuestro nombre, sino en el nombre de Cristo (*in persona Christi*), que quiere servirse de vuestra boca y de vuestras manos, de vuestro espíritu de sacrificio y de vuestro talento. En el momento de vuestra ordenación, mediante el signo litúrgico de la imposición de las manos, Cristo os tomó bajo su particular protección; estáis ocultos bajo sus manos y en su Corazón. ¡Sumergíos en su amor y entregadle el vuestro!... En un mundo en el que hay tanto ruido, tanta desorientación, es necesaria la adoración silenciosa de Jesús oculto en la hostia. Cultivad con asiduidad la plegaria de adoración, y enseñadla a los fieles. En ella hallarán consuelo y luz, especialmente las personas que sufren. De los sacerdotes, los fieles esperan una cosa: que sean especialistas en fomentar el encuentro del hombre con Dios. No se le pide al sacerdote que sea experto en

economía, en construcción o en política. De él se espera, que sea experto en la vida espiritual”. (A los sacerdotes polacos en Varsovia el 25-5-2006).

El verdadero fundamento de la vida sacerdotal, el suelo de la existencia del sacerdote, la tierra de su vida es Dios mismo. «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano» (*Sal* 16, 5). Dios mismo es mi lote de tierra, el fundamento externo e interno de mi existencia. Esta visión teocéntrica de la vida sacerdotal es necesaria precisamente en nuestro mundo totalmente funcional, en el que todo se basa en realizaciones calculables y comprobables. El sacerdote debe conocer realmente a Dios desde su interior y así llevarlo a los hombres: este es el servicio principal que la humanidad necesita hoy. Si en una vida sacerdotal se pierde esta centralidad de Dios, se vacía todo el fundamento de la actividad pastoral, y con el exceso de activismo y la presión de la mundanidad se corre el peligro de perder el contenido y el sentido del servicio pastoral. Entonces podrían crecer en protagonismo, las extravagancias erróneas y las posturas mundanas, o “políticas” anti eclesiales. En vez de la sustancia, lo esencial, se darían sucedáneos. Se correría en vano, agotándose sin progresar, sin gozo interior ni recompensa. Sólo quienes han aprendido a «estar con Cristo» se encuentran preparados para ser «enviados por él a evangelizar» con autenticidad (cf. *Mc* 3, 14). Un amor apasionado a Cristo es el secreto de un anuncio convencido de Cristo. «Sé hombre de oración antes de ser predicador», decía san Agustín (*De doctrina christiana*, IV, 15, 32: *PL* 34, 100).

Porque estamos llamados a esta identificación con Cristo –«Palabra de Dios entre nosotros» (VD 77) – hemos de crecer constantemente en nuestra relación personal con Él, siendo como es «camino, verdad y vida» (*Jn* 14,6). Por esto, las palabras, decisiones y actitudes del sacerdote «han de ser cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio; “solamente ‘permaneciendo’ en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre”» (VD 80). Es necesario por tanto que la Palabra de Dios se encarne en la vida del sacerdote. Solo siendo verdaderamente de Cristo, estando continuamente a su escucha, tratándole con familiaridad especialmente en la Eucaristía, podrá también transmitir Cristo a los demás hombres. Antes de ser transmisor de la Palabra, el sacerdote y los fieles, e incluso como la Iglesia misma, tiene que ser oyente de la Palabra. Ha de estar como “dentro de” la Palabra, para dejarse proteger y alimentar como en un regazo materno» (VD 79). Por el sacramento del orden el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos y todo su ser, algo que adquiere especial relieve en la liturgia, la «acción» del «Cristo total» (*Christus totus*), que llevando al hombre más allá de los signos le hace participar de la liturgia del cielo, «donde la celebración es enteramente Comunión y Fiesta» (CEC 1136).

**Como sacerdote has de ser testigo auténtico de la caridad de Cristo en la sociedad.** Es el propio Cristo quien cuida a los enfermos, los niños y los pecadores, cuando les envuelve el amor y la solicitud pastoral de los ministros sagrados. La misión que el sacerdote recibe en la ordenación no es un elemento exterior y yuxtapuesto a la consagración, sino que constituye su finalidad intrínseca y vital: «La consagración es para la misión» (Juan Pablo II, exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 24). El sacerdote es un hombre “en medio de los otros hombres”, nos ha recordado el Papa Francisco (Discurso a la Congregación del Clero, 15 noviembre 2015). “Un sacerdote no puede tener un espacio privado. Siempre está con el Señor o con la gente”. Cercanía, entrañas de misericordia, mirada amorosa: con este testimonio de vida –ha indicado el Papa– podemos evangelizar, hacer experimentar la belleza de una vida vivida según el Evangelio y el amor de Dios que se hace concreto también a través de sus ministros, hasta tal punto que la santificación del sacerdote está unida a la de su pueblo.

«La caridad de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14), escribe san Pablo. «Si quieres amar a Cristo, extiende tu caridad a toda la tierra, porque los miembros de Cristo se encuentran en todo el mundo», nos recuerda san Agustín (*Comentario a la primera carta de san Juan*, X, 5). Por esto, todo sacerdote debe tener espíritu misionero, es decir, espíritu verdaderamente «católico»; debe «recomenzar desde Cristo» para dirigirse a todos, recordando lo que afirmó nuestro Salvador, que Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tm 2, 4-6). Sólo así se demuestra y testimonia la autenticidad de su amor a Dios y se refleja en todos el Rostro misericordioso de Cristo. «Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios», escribió el Santo Padre (*Deus caritas est*, 15).

En la Eucaristía —que es el tesoro inestimable de la Iglesia—, de modo especial al actuar como generosos ministros del *Pan de vida eterna*, se nos invita siempre a contemplar la belleza y la profundidad del misterio del amor de Cristo y a comunicar el ímpetu de su Corazón enamorado a todos los hombres sin distinción, especialmente a los pobres y a los débiles, a los más pobres entre los pobres, que son los pecadores, en un servicio de caridad continuo, humilde y, la mayor parte de las veces, oculto. El espíritu misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la existencia sacerdotal. El sacerdote está llamado a hacerse «pan partido para la vida del mundo», a servir a todos con el amor de Cristo, que nos amó «hasta el extremo»: así la Eucaristía llega a ser en la vida sacerdotal lo que significa en la celebración. El sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente. Todo sacerdote ha de sentir en sí mismo la urgencia de ser realmente promotor de justicia y de solidaridad entre los hombres: ante ellos el sacerdote está llamado a testimoniar a Cristo mismo.

También la Iglesia, como Esposa de Cristo, quiere ser amada por el sacerdote del mismo modo total y exclusivo como Cristo, Cabeza y Esposo, la ha amado. Esto es parte del verdadero sentido del *amoris officium*, de la caridad pastoral de la que nos habla san Agustín (cf. *In Iohannis Evangelium Tractatus* 123, 5: CCL 36, 678). Desde tu juventud el amor de Jesús expresado en su Sagrado Corazón ha sido un imán atractivo que ha guiado tu entrega. Que ese mismo amor te lleve a todos los ámbitos del testimonio y de la caridad sacerdotal: a la catequesis de iniciación cristiana, el primer anuncio del evangelio, a la búsqueda de los alejados y de los que apenas conocen al Señor; al cuidado de los enfermos, en la práctica de la beneficencia y la comunicación cristiana de bienes, a la promoción de la cultura de la vida, a la formación de los fieles y la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia, en tu apoyo a las familias.

**“¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre” (Sal 115, 12-13)»,** dice el salmista. San Basilio comenta al respecto: «Así pues, ¿cómo pagaré al Señor? No con sacrificios ni holocaustos..., sino con toda mi vida. Por eso dice el salmista: “alzaré la copa de la salvación”, llamando copa al padecer en la lucha espiritual, al resistir al pecado hasta la muerte» (*Homilía sobre el salmo 115: PG* 30, 109). No temas, como Moisés, cargar con el peso del pueblo de Dios. En efecto, con la fuerza de su Espíritu sacarás de la Eucaristía la fuerza necesaria para testimoniar la Verdad, sin titubeos, sin irenismos, sin falsas componendas, para no diluir el Evangelio. Decía san Juan María Bautista Vianney, el famoso cura de Ars: “El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús. Si comprendiésemos bien lo que es el sacerdote, moriríamos, no de pavor, sino de amor”. El sacerdote es el depositario de los dones de la Redención. Es pastor y guía del pueblo de Dios y debe ser un padre para todos, siempre disponible. Como hombre de fe debe sentir, como una responsabilidad, la salvación de todos los hombres. Por tanto, muestra a todos la belleza del sacerdocio de Cristo y anima la

oración por los jóvenes llamados a esta sublime vocación. Jesús les dice a cada uno de ellos: No tengas miedo, de ahora en adelante serás pescador de hombres (Lc 5, 10). Hemos de orar incansablemente al Dueño de la mies para que mande obreros a su mies. Dios sigue llamando, pero nosotros debemos fomentar su respuesta positiva mostrando su atractivo y abriendo el corazón de los hombres para escuchar su llamada.

Querido Antonio: Nunca pierdas de vista que es hacia Cristo a donde vamos, hacia una Persona, que debe ser el punto referencial de nuestra existencia y al que aclaman también las realidades creadas, la vida de los santos y toda la realidad de la Esposa de Cristo. Y ese Cristo «vive para siempre», poseyendo «un sacerdocio perpetuo», por eso «puede salvar perfectamente a los que se acercan a Dios a través de él, ya que vive siempre para interceder por nosotros» (Hb 7,24-25). Renueva ahora —como pediremos en la oración consecratoria—, tu deseo de santidad, pues ese Cristo, el buen Pastor, con el que te identificas es el que ha tomado tu vida hasta identificarte con El y te envía a transmitir a todos su vida. AMEN.